

ANTISEMITISMO Y REACCIÓN EN LA FRANCIA DE FINES DEL SIGLO XIX: LA OBRA DE EDOUARD DRUMONT

Por FRANCISCO JOSÉ MARTÍNEZ MESA

SUMARIO

LOS ANTISEMITISMOS DE DRUMONT.—LA TRAICIÓN DE LA CLASE MEDIA.—LA SUBVERSIÓN DE
LA ECONOMÍA TRADICIONAL.—LA REPÚBLICA JUDÍA.—HACIA UNA VÍA TOTALITARIA.

Corría el año 1888. La ciudad de París, testigo privilegiado de algunos de los acontecimientos políticos más decisivos de aquel siglo, se aprestaba a celebrar la nueva era con la conmemoración del centenario de la revolución. Los fastos, promovidos por unas autoridades republicanas deseosas de verse asociadas a los principios de igualdad y libertad instaurados cien años atrás, iban a contar como escenario central con la capital, constituida en sede de la Exposición Universal, principal escaparate francés a nivel exterior. La urbe, sensiblemente dañada durante el asedio de la Comuna y reconstruida inmediatamente después, experimentó una serie de transformaciones que alteraron su fisonomía, más acorde con los nuevos tiempos que se anunciaban. Uno de los símbolos más emblemáticos de aquella operación urbanística fue la Torre Eiffel, levantada en 1878 con ocasión de otra Exposición Universal, y muy pronto reconocida por muchos como paradigma de la nueva Francia.

No todos, sin embargo, compartían esta misma percepción. Para algunos, la obra de Eiffel representaba algo novedoso, sí, pero no necesariamente bueno. Desde una perspectiva abiertamente misonista, «ese testimonio de imbecilidad, de mal gusto y de tonta arrogancia» —se argumentaba— era una imagen en clave negra «destinada a ser insolente (y bestia) como la vida moderna y a aplastar con su estúpida altura todo lo que ha sido el París de nuestros padres, el París de los recuerdos, las antiguas casas y las iglesias, Nuestra Señora y el Arco de Triunfo, la oración y la gloria» (1).

(1) E. DRUMONT: *El fin de un mundo. Estudio psicológico social*. Versión española de PEREGRÍN CASABÓ y PAGÉS, Barcelona, 1889, pág. 8.

Esta reivindicación del *vieux Paris*, en abierto contraste con el nuevo engendro aberrante emplazado, no constituía una mera evocación nostálgica de un tiempo ya pretérito. Su autor, el cada vez más conocido publicista Edouard Drumont (1844-1917), se servía de este símil para mostrar el irreversible estado de deterioro, no sólo físico, sino espiritual, al que se abocaba la sociedad contemporánea.

Su diagnóstico quedó perfectamente concretado en la obra *La fin d'un monde*, concebido por él mismo como «una crónica de la actualidad política del momento». No obstante, no era ni la primera vez ni sería la última en la que este escritor iba a denunciar los vicios de su tiempo. Su hasta entonces oscura y mediocre carrera literaria había sufrido un giro inesperado hacia tres años con la publicación de la que iba a ser su obra más famosa, *La France Juive* [201 ediciones hasta 1941 (2)], en la que a lo largo de dos gruesos volúmenes desenmascaraba la siniestra trama urdida por el pueblo judío para dominar el mundo. El éxito alcanzado por este libro llevaría al autor a publicar una sucesión de secuelas, cada cual con un título más apocalíptico (*La dernière Bataille*, *Le testament d'un antisémite —1890—*, *Nos maitres. La tyrannie Maçonnique —1899—*), en la línea reveladora del primer escrito.

A pesar de la diferencia de matices a la hora de su caracterización —tachado de «antisemita literario» (3) o de «antisemita integrador» (4), algunos han visto en él al formulador de un «sincretismo teológicorracista» (5), y otros al predecesor directo del nacional-socialismo (6)—, todos los especialistas, salvo algunas excepciones (7), han tendido a considerar a Drumont como el máximo exponente de un antisemitismo renovado, en un desesperado intento de unir al *petit peuple* y a la vieja Francia contra el mundo moderno (8). Para algunos, sin embargo, el debate no parece estar cerrado. En efecto, si bien resulta relativamente claro de dónde bebe el autor de la *France Juive* (de los antisemitismos cristiano y anticapitalista), persiste aún la duda de adónde va a desembocar, si al nacionalismo *integral* —tradicional y conser-

(2) M. WINOCK: *Edouard Drumont et Cie. Antisémisme et fascisme en France*, Paris, 1982, pág. 37.

(3) E. NOLTE: *El fascismo en su época*, Madrid, 1967, pág. 71; P. A. TAGUIEFF: «El nacionalismo de los nacionalistas. Un problema para la historia de las ideas políticas en Francia», en G. DELANNOI y P. A. TAGUIEFF: *Teorías del Nacionalismo*, Barcelona, 1993, págs. 63-180.

(4) B. LAZARE: *El antisemitismo: su historia y sus causas*, Madrid, 1986, pág. 159.

(5) L. POLIAKOV: *Historia del antisemitismo. La Europa suicida, 1870-1933*, Barcelona, 1986, pág. 60.

(6) G. L. MOSSE: *Masses and man. Nationalist and Fascist Perception of Reality*, Detroit, 1987, pág. 120; Z. STERNHELL: *La droite révolutionnaire. Les origines françaises du fascisme*, Paris, 1985.

(7) Este es el caso de EMMANUEL BEAU DE LOMÉNIE, uno de los biógrafos de DRUMONT (*Edouard Drumont ou l'anticapitalisme national*, Paris, 1968), quien preferirá incidir en la vertiente social del antisemita francés. Con posterioridad, BEAU DE LOMÉNIE formará parte de un patronato destinado a reivindicar la figura de DRUMONT, junto a otras personalidades de la extrema derecha francesa, como MAURICE BARDÈCHE, XAVIER VALLAT, o PIERRE DOMINIQUE. J. BASTAIRE: «Drumont et l'antisémisme», en *Esprit*, 326, págs. 477-87.

(8) M. WINOCK: *Edouard Drumont...*, op. cit., pág. 57.

vador— de Maurras (9), o al nacional-socialismo de corte populista y demagógico de las Ligas —del que Drumont, no hay que olvidar, es pionero al fundar una de las primeras en 1890—, muy cercanas social e ideológicamente al fenómeno homólogo alemán.

Bajo este planteamiento resulta ciertamente esclarecedora la lectura del libro escrito por Drumont en vísperas del centenario revolucionario, mucho más complejo, desde luego, que *La France Juive*, una reiterativa y monocorde sucesión de pruebas sin otro objeto que el de anatematizar al judío. Concebida como un estudio más ambicioso, en donde la problemática antisemita aparece más difuminada, *La fin d'un monde* (El fin de un mundo) sí parece constituir la obra más representativa de este autor. Su aparición, de hecho, marca una clara divisoria en su carrera profesional —menos volcada, a partir de entonces, en la actividad literaria—, caracterizada a partir de ahora por un creciente interés por los medios de opinión pública, tal y como revela la creación poco después de la Liga Antisemita de Francia y la fundación del diario *La libre parole* (1892). Este cambio de rumbo, indicativo de su mayor grado de compromiso político, responderá a un análisis más preciso de los problemas que a su juicio turban a la sociedad francesa, y en donde las responsabilidades también aparecerán más matizadas.

El arranque del libro, sin embargo, no podía ser más significativo: se trataba de destruir un tabú arremetiendo contra unos de los símbolos que mejor representaba la modernidad de la III República, la Torre Eiffel, presentándolo como una señal, pero de un signo completamente diferente, una especie de designio del Altísimo, destinada a mostrar el agonizante panorama que aguardaba a la humanidad. El pueblo francés sería el primero en padecerlo, pero tras él no tardarían en seguirle los demás. De alguna forma, Drumont, ya desde el inicio, comprometía las escasas posibilidades de redención del planeta a la capacidad de resistencia de Francia, presentada como el último baluarte de la civilización occidental. Qué mejor manera para aunar los espíritus dispersos que apelar a una misión tan distante de los intereses materiales como trascendental para el futuro devenir de la Historia. Así, a pesar de los negros nubarrones, nunca iba a dejar de quedar reafirmada la grandeza del francés, imagen a la que se aferraría desde el primer momento el autor al objeto de sortear los numerosos escollos que impedían la unidad del país.

LOS ANTISEMITISMOS DE DRUMONT

Si de crucial cabe calificar lo que a juicio de Drumont está en juego, no de menos entidad iba a ser el oponente. Ya no se trataba de una nación cualquiera —Alemania, el enemigo por excelencia, también se encontraba amenazado—, sino de una

(9) P. BIRNBAUM: «Nacionalismo a la francesa», en G. DELANNOI y P. TAGUIEFF (comp.): *Teorías del Nacionalismo*, Barcelona, 1993, págs. 181-201.

raza, la judía, marcada por la fatalidad: sin patria fija, desperdigada por toda la tierra y portadora a lo largo de su historia de un destino del que jamás había renegado: la conquista del mundo. Otra vez aquí, el autor magnifica la condición del contrario hasta el punto de elevarlo a una posición virtualmente inaccesible que para algunos resultó incluso sospechosa (10). Lo que a primera vista podía resultar contraproducente y desalentador —la emancipación de los judíos ya era una realidad en Francia desde 1791 (11)— no lo era, sin embargo, tanto, ya que a partir de su lógica se logran los objetivos apetecidos: por un lado, imbuir al individuo su responsabilidad de *verdadero patriota convirtiéndolo en policía de sus propios conciudadanos*, y, por otro, despojar de su condición de francés a todo aquel con origen semita, reducido a partir de ese momento al estado de apátrida, caracterización esta última en absoluto gratuita, ya que implicaba la ausencia de nacionalidad y antesala directa de una más que previsible marginación posterior (12).

La estigmatización del judío, devenido en responsable absoluto de los males de la sociedad, no constituía desde luego ninguna novedad. Al margen de la considerable literatura medieval, asociada a círculos eclesiásticos y centrada en la acusación de deicidio, es posible encontrar otros argumentos antisemitas a lo largo de la historia de Francia. El más cercano de todos tendría como punto de partida 1789. En efecto, la traumática caída de la monarquía dio lugar a una gran cantidad de escritos de inspiración contrarrevolucionaria cuyo todo interés se centraba en demostrar la conexión entre el cambio producido y la existencia de un complot secreto (es el caso del abad Barruel y su *Mémoire pour servir à l'histoire du jacobinisme*, 1806). La buena acogida dispensada a este género por parte de los círculos políticos más reaccionarios —pues no en balde contribuían a exculparles del fracaso— no tardó en fomentar la aparición de nuevos escritos, cada vez más aventurados en sus suposiciones. Fue, sin embargo, a partir del II Imperio, momento de gran prosperidad para la comunidad judía, cuando comenzó a relacionarse más directamente la riqueza de este colectivo con la decadencia de la nación. Autores como Gougenot de Mousseaux y su *Le juif, le judaïsme et la Judaisation des peuples chrétiens* (1869), Rupert y su *L'Eglise et la Synagogue* (1859), De Saint-André y su *Franco-maçons et juifs* (1880), o el abad Chabaudy y su *Les juifs nos maîtres* (1883), profundizaban en la vía de la conspiración si bien asociándola en su caso con estos «enemigos del género humano» (13).

(10) Hubo quien, en plena espiral antisemita, no dudó en afirmar que el propio DRUMONT era un conspirador judío. Así lo dedujo el abate RENAULT, doctor en derecho canónico, en su obra *L'israélite Édouard Drumont et les sociétés secrètes actuellement*, Paris, 1896, como resultado de las afirmaciones vertidas por DRUMONT en torno al poder y la superioridad del pueblo judío. Para despejar dudas, el publicista francés se vio obligado a reproducir su acta de nacimiento y sus antecedentes familiares en su obra *Le testament d'un antisémite*. L. POLIAKOV: *Historia del antisemitismo...*, op. cit., pág. 61.

(11) M. GRAETZ: *Les juifs en France au XIX^e siècle. De la révolution française à l'alliance israélite Universelle*, Paris, 1982; M. WINOCK: *Drumont...*, op. cit., pág. 81.

(12) M. WIEVIORKA: *El espacio del racismo*, Barcelona, 1992, págs. 88-9.

(13) B. LAZARE: *El antisemitismo...*, op. cit., pág. 157.

No fue éste, pese a todo, el único tipo de discurso antisemita desplegado. Desde la vertiente ideológica opuesta también surgió una literatura antijudía aunque con distintas miras. Dada la proximidad de esta raza a los aledaños del poder (cortes de Luis Felipe o de Napoleón III) se tendió a identificar su influencia en el proceso de toma de decisiones con el desarrollo de la economía capitalista y la desaparición de las formas de vida tradicionales. Este tipo de argumentación, iniciado en la izquierda (algunos comentarios fueron vertidos por personajes como Fourier, el joven Marx, o Proudhon), pero muy bien recibido en determinados estratos de la clase media, no se dirigía tanto contra los individuos en sí como contra las relaciones económicas y sociales tejidas por éstos. Fourierianos como Alphonse Toussenel (*Juifs rois de l'époque*, 1845), o blanquistas como Gustave Tridon (*Du molochisme juif*, 1884) y Albert Regnard (*Aryens et Sémites*, 1890) integran este bloque antisemita de izquierda eficazmente instrumentalizado más tarde por Drumont y sus seguidores (14).

A estos antisemitismos es posible añadir otros. El estudioso contemporáneo Bernard Lazare también habló de un antisemitismo etnológico y nacional, de un antisemitismo metafísico, e incluso de un antisemitismo de carácter revolucionario y anticristiano ligado a la Ilustración (15). En cualquier caso resulta indudable que el objetivo último va a ser siempre el mismo: en todos ellos se persigue la categorización fija de una serie de individuos de acuerdo a unos supuestos rasgos comunes —ya sean estos religiosos, económicos, sociales, biológicos o étnicos—, y su adscripción colectiva como grupo, sanción tautológica ésta en la medida en que impide la integración de cada uno de estos hombres en un ámbito social más amplio, y los condena a perpetuidad a recluirse en un marco circunscrito en el que priman aquellas supuestas señas de identidad definidas por su pertenencia original (16).

A la hora de profundizar sobre aquel estado de deterioro y sus agentes responsables, Drumont recurrirá al rigor de la ciencia. Ya desde *La France juive*, el autor presentaba sus obras como «ensayos o estudios de rigurosa exactitud». Más tarde incluso abandonará el calificativo de literato para autoproclamarse, según viniera al caso, psicólogo, sociólogo, economista o historiador. Este deseo de mostrar un relato objetivo, aparentemente desapasionado, además de su innegable vocación didáctica, no podía ocultar, sin embargo, la actitud intolerante y dogmática de quien se acogía a la autoridad científica para rechazar unilateralmente toda posible discusión. En este sentido, ya desde Bonald había quedado patente esta utilización de planteamientos sistemáticos y científicos propios del «enemigo», pero adaptados, por supuesto, a la defensa de un orden «natural» y social a años luz de aquellos valores de modernidad y progreso. Así pues, la sociedad burguesa, surgida como resultado del diálogo y del consenso propiciado por sus distintos integrantes, aparecía desde esta perspectiva desautorizada ante el peso irrefutable de los datos.

(14) M. WINOCK: *Edouard Drumont...*, *op. cit.*, págs. 83 y ss.

(15) B. LAZARE: *El antisemitismo...*, *op. cit.*, págs. 159 y ss.

(16) P. A. TAGUIEFF: «La identidad francesa y sus enemigos», en *Debats*, 17, págs. 22-42.

LA TRAICIÓN DE LA CLASE MEDIA

Constatadas biológica y moralmente las diferencias entre los individuos de origen semita [*«seule de toutes les races humaines elle a le privilège de vivre sous tous les climats et, en même temps, elle ne peut se maintenir, sans nuire aux autres et sans nuire à elle-même, que dans une atmosphère morales et intellectuelle spéciale»* (17)] y los de origen ario [*«fils du ciel sans cesse préoccupé d'aspirations supérieures»* (18)], partiendo de un dualismo ya presente en Taine y Renan (19), se servirá de ellas para reconstruir un pasado supuestamente real, sin ningún otro objeto que el de confirmar los presupuestos maniqueos de partida. De acuerdo con este relato tautológico, los acontecimientos de 1789 no inaugurarían las puertas de la emancipación del pueblo francés, sino las de su esclavitud. El único beneficiario del proceso sería el judío —*«tout vient du juif; tout revient au juif»* (20)—, quien, por medio de mecanismos turbios «sin ninguna base, sin cuerpo, sin una existencia aparente, como los fantasmas», lograría imponer un «feudalismo industrial y rentístico», asentado políticamente sobre un régimen cimentado sobre el triunfo de la alta Banca judía. Drumont, espectador privilegiado y estudioso de los acontecimientos, condensará el proceso desarrollado en los últimos cien años de la historia de Francia en muy pocas palabras:

«En 1790, le juif arrive: sous la première République et sous le premier Empire il entre, il nôde, il cherche sa place; sous la Restauration et la Monarchie de juillet, il s'assied dans le salon; sous le second Empire il se couche dans le lit des autres; sous le Troisième République, il commence à chasser les français de chez eux ou les force a travailler pour lui.» (21)

Hasta aquí, el recorrido trazado por Drumont no difería del seguido por otros autores contemporáneos que también así lo percibieron. Sin embargo, a diferencia de su obra más popular, *La France juive*, en donde a pesar de sus más de 1.200 páginas se limitó a realizar un prolijo y pormenorizado análisis sobre el origen, la historia y el estado actual de aquella lenta y silenciosa invasión, en *La fin d'un monde*, el autor se centrará menos en los aspectos referidos a la caracterización del judío y el proceso de conquista de poder para destinar toda su atención al estudio de la realidad social de su tiempo. Desde este nuevo enfoque, Drumont se prepararía a evaluar las distintas respuestas de la sociedad francesa ante la situación de dominio planteada.

El autor, en una época marcada por el interés hacia las ciencias ocultas y lo desconocido, no iba a renunciar a desempeñar el papel de iniciador, de revelador de una

(17) E. DRUMONT: *La France juive. Essai d'histoire contemporaine*, París, 1886, pág. 201.

(18) E. DRUMONT: *La France juive...*, *op. cit.*, pág. 9.

(19) M. WINOCK: *Edouard Drumont...*, *op. cit.*, pág. 48.

(20) E. DRUMONT: *La France juive...*, *op. cit.*, pág. VI.

(21) E. DRUMONT: *La France juive...*, *op. cit.*, pág. 332.

realidad, que a los ojos del resto de franceses permanecía ignota (22). Lo que trataba de mostrar ya no era sólo la evidencia del dominio judío, sino los resortes habituales a través de los cuales éste se hacía efectivo. Drumont partirá para ello del rechazo de una serie de convencionalismos, generalmente asumidos por el conjunto de la población, que a su juicio confundían a la opinión pública y la apartaban de la cuestión crucial.

En la crítica desplegada contra esta labor de manipulación ideológica, la responsabilidad aparecerá claramente compartida. A diferencia de su obra más famosa, donde la «vil raza» absorbía todo el protagonismo, el publicista francés será aquí mucho más concreto, ya que no sólo se va limitar a apuntar a los culpables, sino también a sus cómplices. En este sentido, aunque la Revolución de 1789 seguirá constituyendo el eje central de un discurso consagrado a vincular los males del país con el hundimiento del *Ancien Régime*, el papel jugado por el pueblo va a aparecer diluido. Por el contrario, la clase media pasará a convertirse en el centro de todas las críticas. De acuerdo con el relato de Drumont, auxiliado en determinados momentos por otros autores de la más variada procedencia —de la izquierda, Proudhon, Auguste Chirac y Paul Lafargue; de la Iglesia, el cardenal Mercier (23)—, quien despojó a la nobleza territorial de sus propiedades no fue el pueblo llano, sino una clase rentista, por medio del «inmenso movimiento de venta de los bienes nacionales».

La revolución supuso la apertura de un nuevo estadio social marcado por la hegemonía de una nueva clase, en un muy segundo plano hasta entonces, con el consiguiente surgimiento de un igualmente nuevo sistema de relaciones, afines a su temperamento:

«La clase media victoriosa organizó muy hábilmente su conquista. El carácter dominante de su establecimiento fue una especie de hipocresía jansenista, protestante, franc-masona, frasista y declamatoria que se llamó el liberalismo» (24).

Tras el proceso de expoliación, «donde al hombre era posible degradarle y retirarle sus propiedades», la clase media no tardó en «marcar perfectamente el carácter absoluto, imprescriptible, indeleble, que debía tener la propiedad luego que había pasado a su poder» (25). Pero si ello no resultaba completamente suficiente, el nuevo *propietariado* también se encargó de organizar el trabajo, convirtiéndolo en «la odiosa y bárbara explotación que actualmente tiene». La clase media, que «imaginó el trabajo sin reposo, sin tregua y lo llamó progreso», lograría imponerse sobre los otros dos estamentos de la población, pero a cambio de condenar al país a un lento pero progresivo estado de degeneración.

A juicio de Drumont, la apertura de esta profunda fractura en la sociedad no iba a beneficiar enteramente a sus promotores. De hecho, la quiebra de los antiguos la-

(22) M. WINOCK: *Edouard Drumont...*, op. cit., pág. 52.

(23) E. DRUMONT: *El fin de un mundo...*, op. cit., págs. 70 y ss.

(24) E. DRUMONT: *El fin de un mundo...*, op. cit., pág. 67.

(25) E. DRUMONT: *ibidem*.

zos de solidaridad acarrearía el estallido de una serie de conflictos turbadores del «orden» burgués —germen de los futuros socialismo y anarquismo—, que en las clases elevadas acabaron por generar una sensación de permanente temor, que no miedo, vinculada a una mala conciencia, que fue definida por el autor como «un estado de ánimo, una disminución del poder activo del ser, casi una enfermedad mental que no se puede vencer» (26). Todo lo contrario de la apostura y el aplomo exhibidos por los verdaderos favorecidos con el cambio de régimen, los judíos, cuya fuerza ya no residía en proceder como en otros tiempos, sino

«en fundar un sistema donde todo está enlazado, que abraza todo el país, provisto de todos los órganos necesarios para funcionar, han fortificado los puntos en los que se les podía coger, han modificado sin estrépito las leyes que les molestaban y obtenido decisiones que paralizan la acción de estas leyes; han sometido la prensa al capital, de modo que sea imposible hablar» (27).

La clase media, efectivamente, explotaba al pueblo, sí, pero para luego ser a su vez despojada por el judío, cobijado bajo el mismo paraguas que la burguesía, los principios surgidos del ochenta y nueve. No obstante, pese a ser una labor la suya, más sutil que la desarrollada por aquella —«no necesitaba explotar a los obreros o aumentar el trabajo. Su profesión se ejerce empuñando el bastón: papeles ornados, una olla de engrudo para fijar los carteles y ahí se acaba» (28)—, sus resultados no podían considerarse en absoluto irrelevantes: la supuestamente victoriosa clase burguesa comprobaba cómo aquel clima de competencia salvaje impuesto por el nuevo orden imperante le alcanzaba de lleno. A partir de ese momento, Drumont distinguirá, dentro de la clase media, dos capas bien diferenciadas: una, la de «la aristocracia extravagante y extraña, la nobleza de carnaval», que acepta el sistema judío y recurre a él como medio más eficaz de acelerar su enriquecimiento; otra, mucho más nutrida, pero también «más meritosa», ya que aunque haya caído empobrecida tras «conocer en carne propia la acción del semita», se encuentra presta a engrosar la vanguardia del ejército socialista (29).

Como ya se había tenido ocasión de comprobar, el triunfo de la «ley darwiniana de la lucha por la vida» no había sido, sin embargo, automático. Hubo que esperar más de medio siglo para que el judío y su socio lograran subvertir el orden establecido. Cuando finalmente se logró, una vez doblegado el último baluarte de los valores tradicionales, la sociedad francesa se transformó en un «cadáver social, más obstinado y menos fácil de enterrar que el cadáver humano», con su propia mortaja política, la de la III República.

Efectivamente, para el autor de *La fin d'un monde*, aquel balbuciente régimen burgués, sustentado en la moderación y el compromiso, encarnaba la hegemonía ju-

(26) E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 274.

(27) E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 127.

(28) E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 79.

(29) E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 82.

día y la consecución de todos sus objetivos, tanto desde el punto de vista económico como del político, social y moral.

LA SUBVERSIÓN DE LA ECONOMÍA TRADICIONAL

En el orden económico, Drumont comprueba cómo el *leitmotiv* semita —su *voix du sang*—, el becerro de oro, se ha constituido en el marco de referencia de la sociedad contemporánea. Siguiendo en gran medida punto por punto los argumentos de la izquierda antijudía, el autor iba a retener una imagen distorsionada y constreñida del sistema capitalista en donde el conjunto se ve identificado exclusivamente con una parte (las relaciones de distribución). Como quiera que era más perceptible que el resto de factores integrantes en el proceso, el ámbito de la circulación pronto comenzó a ser percibido como el principal indicador de riqueza. Ello explica el que, cuando comenzaron a constatar grandes acumulaciones de capital no asociadas a una actividad productiva proporcional (capital mercantil y financiero), y alejadas, por tanto, de la concepción de trabajo tradicional (pequeños propietarios y artesanos), la reacción más inmediata por parte de la población fuera calificarlas de enriquecimiento injusto y de parasitismo. Por supuesto, en aquellos sectores donde el banquero, o el prestamista, o el comerciante al por mayor constituían la garantía de su supervivencia el antagonismo se manifestó de una forma todavía más evidente.

La Francia republicana, titubeante también en materia económica, se adecuaba perfectamente a esta condición de blanco de críticas. Enfrentado a las graves consecuencias de una crisis económica, inscrita en el marco de una depresión de largo ciclo, iniciada en 1873, el régimen se debatía entre la no intervención estricta —y garantizar así el saneamiento de las finanzas— y la tentación de las grandes obras públicas, tan queridas por los electores. Dado que la inestabilidad del sistema político y la exigencia de medidas urgentes en lo económico no facilitaban precisamente la toma de una decisión definitiva, el resultado consistió en seguir por el camino de enmedio. Así, al tiempo que se emprendían proyectos como el ambicioso Plan Freycinet —más de nueve mil millones de francos en diez años—, destinado a reactivar el campo de la producción, se amparaba a un poderoso sector financiero surgido al calor de una economía altamente liberalizada no exenta de estrechos contactos con el mundo político.

A medida que el Estado comenzó a constituirse en el eje impulsor de la actividad económica nacional —a través de la superproducción de capital: empréstitos, emisiones de deuda, carteras de pedidos a empresas, etc.—, esta vinculación entre hombres de negocios y personal republicano tendió a estrecharse, con la consiguiente generación de tráfico de favores y bolsas de corrupción. Por supuesto, la proliferación de estas prácticas especulativas y su frecuente proximidad al poder no pasó desapercibida a los enemigos del régimen, aunque sólo comenzó a ser explotada con intensidad a partir de 1882. Su desencadenante, la quiebra, en enero de aquel año, de la Unión General, el banco emblemático de los intereses católicos y

legitimistas, acogida por éstos como un ataque en toda regla contra las posiciones conservadoras (30). El blanco principal de todas las críticas fue la familia Rothschild, símbolo de la penetración de los intereses judíos en la economía y en la política francesas, y la prueba más clara del carácter universal (internacional) del contubernio (31).

Para Drumont, la hegemonía económica del pueblo semita quedaba claramente patente al observar el «gran feudalismo industrial y rentístico», instaurado a primera vista en torno a la clase media, pero, en el fondo, sometido a un régimen de monopolio a beneficio exclusivo del pueblo judío. En efecto, resguardada de cualquier tipo de ataque gracias a la connivencia con el aparato del Estado —copartícipe junto a ella en un amplio rosario de escándalos—, la comunidad judía, a ojos del autor, sacaba un máximo provecho de su privilegiada situación, minando, mediante una vasta serie de operaciones especulativas, la posición de los productores franceses en el mercado nacional. El procedimiento más empleado, según el publicista, para alcanzar tal objetivo consistía en importar en grandes cantidades productos de todo tipo —con especial interés en los de primera necesidad— y hundir así los precios interiores, con la consiguiente pérdida de presencia de las clases productoras y mercantiles (32) tradicionales (33). Aunque la realidad vino a demostrar todo lo contrario —la mayor presencia correspondió a la burguesía nacional y el declive al judío (34)—, el mensaje no dejó por ello de ser operativo: bastaba achacar el silencio a la corrupción de la prensa, y apelar al buen sentido de los verdaderos patriotas: no en balde, «los lectores a quienes, lo digo sin modestia, me he esforzado por enseñar a leer los periódicos comprenden perfectamente el mecanismo del movimiento contemporáneo (35)».

Revelados los mecanismos económicos del dominio judío, poco costó demostrar sus repercusiones en el ámbito de lo social. Para ello sólo hubo que remontarse, una vez más, a los orígenes del «reinado de la clase media», al momento de la revolución. Tampoco aquí Drumont sería original. Su planteamiento al respecto venía en gran medida inspirado por los grandes escritores franceses de la contrarrevolución (de Maistre y Bonald) y por el bagaje posterior que en materia de doctrina social le iban a proporcionar algunos contemporáneos como Le Play, La Tour du Pin, y de

(30) L. POLIAKOV: *Historia del antisemitismo...*, op. cit., pág. 56; M. WINOCK (dir.): *Histoire de l'extrême droite en France*, París, 1994, pág. 55.

(31) R. S. WISTRICH: *Antisemitism. The longest Hatred*, Londres, 1992, pág. 51.

(32) En el marco de este acoso tampoco iba a salir bien librado el comerciante francés —es al modesto tendero al que se dirige—, expuesto a la amenaza de los grandes almacenes (Samaritaine, Grands Magasins du Louvre, Au Printemps) que comienzan a instalarse en París, según DRUMONT, bajo el signo de la «usurpación, (el) monopolio, (la) tiranía, (la) competencia desleal, (el) derroche en cierto modo obligatorio de mercancías de calidad ínfima (y), en su consecuencia (el) descrédito universal del comercio francés». E. DRUMONT: *El fin de un mundo...*, op. cit., pág. 146.

(33) E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 101.

(34) H. ARENDT: *Los orígenes del antisemitismo*, Barcelona, 1994, pág. 149.

(35) E. DRUMONT: *El fin de un mundo...*, op. cit., pág. 112.

Mun. Efectivamente, todos coincidían en situar el inicio del proceso de disolución social en 1789. Fue entonces cuando

«le mot mystérieux, l'incantation décisive de l'Hermès trimeguiste qu'avaient si longtemps cherché au fond de leurs laboratoires les vieux alchimistes du moyen âge penchés sur leurs hiéroglyphes, était enfin trouvé! Pour décomposer, pour disoudre cette France dont toutes les parcelles se tenaient si bien, quelques appels à la Fraternité, à l'amour des hommes, à l'idéal avaient été plus puissants que toutes les formules de grimoire» (36).

Como aquellos, Drumont también creará llegado el instante de arrojar alguna luz sobre «el vacío documental y literario» que rodeó a aquel tiempo, cuando «tras la revolución y la expoliación se impuso el olvido». Hasta ese instante, señala el autor, la propiedad había actuado como «uno de los modos de organización de la sociedad, uno de los medios de cumplir la ley primordial, la ley vital, la ley de una existencia equitativa para todos, (capaz) de asegurar el derecho de todos los hombres a vivir de su trabajo» (37). Inspirador de una «economía política» completamente opuesta a la de los «maltusianos hipócritas y críticos», este régimen social situaba su origen en Dios, único soberano de la naturaleza, del que emanaba el principio de propiedad individual, concebido como una simple delegación de usufructo del patrimonio divino y sometido a una serie de derechos y obligaciones.

Hasta 1789, la monarquía francesa había sabido erigirse en la depositaria de esta concepción cristiana del orden eterno surgido de la voluntad de Dios, al sentar las bases del *Ancien Régime* sobre las premisas naturales de esta sociedad «verdadera». Fue en aquel extinto pasado cuando Francia alcanzaría su máximo esplendor:

«Elle sera l'arbitre, le modèle, l'envie du monde entier (...) elle ne sera pas exempte de vices (expulsión de los judíos en 1394) mais de ces vices qui n'abaissent point (...). Chez elle, tout le monde sera sinon riche, du moins hereux, car le juif ne sera pas là pour exercer sur le travail d'autrui son parasitisme usuaire.» (38)

El panorama cambió radicalmente a partir de aquel año, pero el triunfo del tercer estado no supuso el final de los privilegios. En efecto, aunque la clase media «embadurnó al pueblo con el lodo sangriento del Terror y afirmó que lo había hecho todo», la realidad distó mucho de ser la proclamada: apenas concluido el proceso de incautaciones —«donde al hombre era posible degradarle y retirarle sus propiedades»—, su única beneficiaria, la burguesía, «marcó perfectamente el carácter absoluto, imprescriptible, indeleble, que debía tener la propiedad luego que había pasado a su poder (...) y cerró la revolución» (39). Una vez más, las clases populares volvieron a quedar al margen, sin ninguna de sus aspiraciones atendidas y condenadas al silencio —prohibición del derecho de huelga y de coalición—, impuesto por las

(36) E. DRUMONT: *La France juive...*, op. cit., pág. 285.

(37) E. DRUMONT: *El fin de un mundo...*, op. cit., pág. 39.

(38) E. DRUMONT: *La France juive...*, op. cit., pág. 186.

(39) E. DRUMONT: *El fin de un mundo...*, op. cit., pág. 68.

nuevas autoridades. Con el paso del tiempo, la clase trabajadora tomó conciencia del precario estado en el que le había sumido la clase media, pero esta vez para impulsar el cambio no se buscó un nuevo aliado. Le bastó con organizar su propia fuerza y concretar unas aspiraciones, a decir de Drumont, legítimas, basadas en la «justicia, el sueño de un porvenir mejor, en el plan de una sociedad ideal en la que todos fueran dichosos» (40).

Para el autor de *La fin d'un monde*, pues, la realidad era concluyente: la irrupción del socialismo en la historia contemporánea no constituía sino la culminación lógica a la serie de acontecimientos desencadenados por la caída del antiguo régimen. En consecuencia, los diferentes capítulos que va a dedicar al socialismo van a estar principalmente consagrados a mostrar al hombre y su resistencia a la desaparición del marco normativo «natural» y originario que había vinculado a los individuos en el pasado. A ojos de Drumont, el carácter comunitario del ideal socialista en todas sus distintas variantes patentiza la validez universal del principio de solidaridad —en la medida en que canaliza las necesidades individuales y las integra en el marco de un proyecto común—, pero también lo ilusorio de los principios impuestos por Rousseau y los teóricos de la revolución. El caso de Benoît Malon iba a ser bien ilustrativo de ello. Para Drumont, lo importante no es su pertenencia socialista, sino su condición de «hombre del pueblo salido de la antigua tierra francesa», obligado por las circunstancias a abandonar el campo y emigrar a la ciudad, y comprometido contra «la desigualdad real, la especulación, el rentismo, la miseria y la competencia» —símbolos de lo que él entiende por progreso y vida moderna—, bajo la misma línea de inspiración que sus antepasados, aquel «fondo humano, honrado, hasta religioso, de las innumerables generaciones de campesinos» (41).

A pesar del componente netamente antirreligioso de la mayor parte de los grupos de izquierda, el discurso de Drumont no se apartó de esta línea argumental. Todo lo contrario. Para el autor, salvo algunas excepciones irrespetuosas y «blasfemas» (p. e., Proudhon), el depositario del espíritu cristiano original, por encima de la propia Iglesia, seguía siendo el pueblo:

«El cristianismo había creado en nosotros tales tesoros de fe, de sacrificio, de abnegación que la sociedad francesa continuó siendo creyente y generosa mucho tiempo después de haber perdido sus hábitos religiosos» (42).

Efectivamente, había sido éste y no el clero francés —como sostenía la clase media— el que había mantenido la defensa de los valores legados por la tradición. La moderna jerarquía eclesiástica, por contra, jamás fue capaz de entender esta realidad, y con su negligencia se alejó de la población; en momento alguno supo «alargar la mano a los obreros que iban tan espontáneamente a Cristo, defraudando la esperanza de todos aquellos hombres enamorados del progreso y la justicia que espe-

(40) F. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 156.

(41) E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 175.

(42) E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 158.

raban que la Iglesia, como en los primeros siglos, fuera a ponerse al frente de los ensayos de renovación social» (43). Para Drumont, esta «traición» de las autoridades religiosas se remonta al momento de la firma del Concordato suscrito por Napoleón y Pío VII (1801). En su opinión, aquel pacto, más que la subordinación estatal de seculares y clero «a cambio de un insignificante regalo», supuso «el encadenamiento de la independencia del sacerdote», la pérdida de su carácter vocacional y su consiguiente disociación del pueblo llano. A partir de aquel momento, a medida que aumentó la sintonía de la Iglesia oficial con las «tesis sostenidas por la clase media volterriana y filipista por las cuales el sacerdote debía estar en su parroquia y no comunicarse con el exterior», esta divisoria se amplió, hasta el punto de generar actitudes anticlericales populares, fruto del natural resentimiento del pueblo (44).

Desde su condición de «psicólogo», Drumont valoraría ante todo los signos de vitalidad que presentaban los partidos revolucionarios, en claro contraste con el carácter «afeminado» y, especialmente fariseo de la sociedad burguesa. Para el autor, en efecto, resultaba una ironía que desde ésta se condenara una serie de ideas surgidas espontáneamente cuando no eran sino la «resultante y la conclusión lógica de hechos existentes que el sistema judío ha creado con el apoyo y la aprobación de la clase media». De esta forma, movimientos en apariencia tan repudiados por la burguesía, como el colectivismo o el anarquismo, hacía ya tiempo que se encontraban implantados en el tejido social.

La propiedad colectiva, por ejemplo, no había de esperar al triunfo de Guesde y sus hombres para constituir una realidad. De hecho, ya reinaba sobre el cadáver de la propiedad individual, muerta «gracias a las sociedades por acciones y obligaciones, por las cuales una empresa puede cambiar varias veces en un día de dueño» (45). Pero si el colectivismo era la expresión lógica de la situación económica y social del país, el anarquismo iba a ser reflejo no menos palpable de su estado moral. Apelando, una vez más, a aquel antisemitismo de izquierda, Drumont denunciaba la existencia de un partido «que lleva mejor la anarquía universal que el anarquismo científico de Bakunin o Kropotkin (porque) antes que el anarquista, el judío ha sido el que ha eliminado todos los escrúpulos, todos los principios y convenios que ligaban al hombre entre sí y que constituían el pacto social» (46). La Ley y el orden habían desaparecido. La propiedad ya no se regía por un código «elaborado con el paso del tiempo por personas de pro, buenos sacerdotes y ancianos de cada cuerpo de estado», sino por otro fruto «de juristas revolucionarios, regicidas y convencionales que han robado la propiedad a los demás» (47).

En el marco de esta sociedad anarquizante, los signos de descomposición, del *fin del mundo*, parecían evidentes. La situación era insostenible, y para Drumont,

(43) E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 165.

(44) E. DRUMONT: *Passim*.

(45) E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 214.

(46) E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 225.

(47) Se refiere al Código de 1804. E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 230.

quienes estaban en mejor posición para resolverla a su favor eran los anarquistas y los blanquistas, partidarios del empleo de la fuerza y conscientes del verdadero enemigo a batir, tal y como había quedado reflejado en los diferentes textos antisemitas de autores como Tridon y Regnard (48). El socialismo católico, por su parte, a pesar del renovado interés de la Iglesia por la cuestión social —se refería a León XIII y a su encíclica *Ius proprietatis naturali lege sancitum* (1878)—, no había respondido a las expectativas depositadas. Los Círculos Católicos Obreros, con Albert de Mun a la cabeza, tratarían, en efecto, de preservar a jóvenes y trabajadores de los peligros, pero, a su juicio, sus solas voces eran «inútiles a la hora de mejorar las condiciones materiales de los hombres». Carente del grado de compromiso exigido para afrontar las duras condiciones de trabajo impuestas por la sociedad industrial, este «catolicismo cerebral» —tal y como lo calificaría posteriormente Bernanos (49)—, apenas intentó, instalado como estaba en el más puro conformismo, «hacer entrar elementos de igualdad y justicia en una organización (social) que no las soportaba». Sería, sin embargo, la tibieza de sus líderes —simbolizada en «aquella habilidad en De Mun de no comprometerse por los demás y en escabullirse en momentos difíciles con diplomacia refinada»— y su reticencia a cambiar el orden social actual los que llevarán, en definitiva, a Drumont a condenar la labor de estos «católicos influyentes» que «cuentan con apariencias, con exterioridades, pero no comprenden que el poder judío se desvanecería el día en que un ser real y de sana razón embistiera contra esas fantasmagorías» (50).

LA REPÚBLICA JUDÍA

A nivel político, el horizonte de la III República tampoco parecía el más deseable. Según Drumont, Francia había dejado de ser una nación: «ya no tiene ni sentimiento de raza, ni instituciones fijas, ni tradiciones»; sólo es «un conjunto de seres atomizados, como polvo en la atmósfera, sin rumbo fijo» (51). A este estado de cosas se había llegado, a juicio del autor, después de un largo proceso, iniciado en 1789, pero con jalones no menos significativos en su transcurso. La Comuna de París (abril, 1871) había sido uno de ellos. Su sangrienta represión un mes más tarde constituiría el punto de arranque, en opinión de Drumont, de una división social de impredecibles consecuencias: «el gran error de los conservadores —señalaría— fue hacer caso a aquella clase media y reprimir (tan violentamente) al pueblo. (Ahora tras las represión de 1848, y sobre todo de 1871, el odio ha cundido)» (52).

(48) E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 239.

(49) G. BERNANOS: *La grande peur des Bien-pensants. Edouard Drumont*, París, 1931, págs. 127 y ss.

(50) E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 291.

(51) E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 307.

(52) E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 192.

Efectivamente, la III República francesa no era un régimen nacido como consecuencia lógica de la acción mancomunada de un pueblo unido. El pesado lastre con el que despegaba no parecía desde luego el más adecuado para emprender grandes proyectos: 20.000 *communards* muertos, derrota militar —con la herida añadida de Alsacia y Lorena— y crisis económica. Sus dubitativos pasos iniciales —la República no comenzó a consolidarse mínimamente hasta la crisis del 16 de mayo de 1877, momento del fallido golpe de Estado del mariscal monárquico Mac-Mahon— hablan de las dificultades de un régimen con una dudosa capacidad de gobernar, a flote sólo gracias a los esfuerzos negociadores de la burguesía y a la ineficacia de las posiciones monárquicas.

Este triunfo, tardío, del liberalismo político no vino, sin embargo, cimentado únicamente por acuerdos entre partidos. En este sentido, los diferentes elementos de la nueva clase dirigente —desde los oportunistas a los radicales en la izquierda, de los moderados a los orleanistas en la derecha— tenían muy claro qué clase de política iban a exigir a sus representantes parlamentarios y a qué tipo de medios se podía llegar a recurrir. La indefinición programática de los partidos y la llegada de una nueva burocracia, apolítica, al Estado no impidió esta salvaguardia de los intereses oligárquicos, en buena medida canalizados a través de la vía de la corrupción y el fraude. Efectivamente, el creciente interés de la burguesía liberal por el control de un Estado cada vez más omnipotente favoreció su aproximación al mundo de la política general, aunque con metas e instrumentos en absoluto abnegados. La generalización del tráfico de influencias y la compra de políticos y parlamentarios, ambos con el mismo fin de incidir sobre las medidas de gobierno, comenzaron a marcar el devenir del régimen republicano y su progresivo alejamiento de las capas populares a las que en un principio se había tratado de aproximar.

Detrás de estos turbios manejos, asegurando su éxito como intermediario, se encontraba casi siempre la figura del judío. Su larga experiencia en las actividades financieras del poder (estrechos contactos desde la monarquía de Luis Felipe) y su amplio conocimiento de la maquinaria estatal facilitó su implicación en este tipo de operaciones, al servicio de camarillas en muchos casos antagónicas, consagradas todas «al mismo propósito de ayudar a la sociedad a medrar a costa del Estado» (53). Aunque su concurso —completamente diferente de la labor desempeñada por los viejos judíos palaciegos del *Ancien Regime*— no les reportó ningún grado de riqueza permanente, sí en cambio reforzó su peculiar percepción de autodefensa. En efecto, como en otros momentos de la historia, los judíos involucrados en estos negocios no buscaron tanto ejercer el control de parcelas de poder como sentirse útiles ante la clase dirigente y asegurar su supervivencia en una sociedad amenazada por la asimilación (54).

(53) H. ARENDT: *Op. cit.*, págs. 84 y ss.

(54) Como señala HANNA ARENDT, la asimilación de los judíos quebró la cohesión del pueblo judío. Por lo tanto, arbitraron otra serie de alternativas para garantizar su supervivencia. Una fue la de prestarse a mediar en estos turbios negocios en los que los principales beneficiarios eran los representantes de la

Su indiferencia hacia el tipo de gobierno existente en cada momento —decisiva a la hora de ser aceptados en regímenes tan diversos como la monarquía de julio, la II República o el II Imperio— le acarreó, sin embargo, un pesado lastre; la de su permanente identificación con el poder. Drumont ya lo había constatado en su *France Juive* cuando señalaba que mientras en el estado de civilización la familia aria era el resultado de la «fuerza vital de largas generaciones enraizadas (de la gens romana a la casa feudal), cuyo fruto final es la cima del hombre ilustre, en los pueblos semitas —y sobre todo en los judíos—, la elevación social venía determinada desde arriba, por el soberano, y no por una categoría familiar ni parental» (55). En efecto, la privilegiada posición de algunos judíos, determinada exclusivamente por el cuerpo político, sin necesidad de otro respaldo social al que vincularse, comenzó a ser asociada a una imagen de parasitismo político, especialmente a medida que su influencia en el poder decrecía en favor de la burguesía nacional.

Este creciente resentimiento hacia quienes gozaban de privilegios y riqueza sin estar ya tan vinculados a la esfera de poder (56) impulsó a algunos de ellos a adoptar estrategias de supervivencia individual (como las ya reseñadas), pero sus resultados no pudieron ser más contraproducentes. La implicación judía en la mayoría de los escándalos denunciados durante la III República sirvió para confirmar las campañas de los antisemitas y de los enemigos del régimen, interesados en teñir de judío el conjunto del sistema. Las escasas disensiones entre las principales formaciones y el total consenso sobre los principales temas —reconstrucción interior, expansión exterior, moderación de los radicalismos— fueron aprovechadas por sus rivales a la hora de situarse aparentemente por encima de las tradicionales querellas de izquierda y derecha y responsabilizar de todos los males a aquella «mala» república, judía, capitalista y anticatólica.

Desde la primera línea de combate, Drumont contribuiría a popularizar la imagen de un panorama político dominado por la «Alta Banca Judía». No importaba que, en realidad, los judíos sólo fueran meros intermediarios en negocios mayoritariamente franceses. De lo que se trataba, en definitiva, era de apartar a los más amplios sectores de la población de un régimen de innegable talante democrático y progresista. Aprovechando el origen alemán de la familia Rothschild —para el autor de *La fin d'un monde* el verdadero presidente de la República en la sombra—, Drumont tratará de extraer la vena revanchista y xenófoba del cuerpo social, y reconducirla

burguesía nacional. Otra fue la de integrarse de forma individual en diferentes círculos (sociales, profesionales, etc.), lo que favoreció la aparición de resistencias en los mismos. El *affaire Dreyfus* puede entenderse como consecuencia de esa *intromisión* judía en el ámbito militar. H. ARENDT: *Op. cit.*, págs. 149 y ss.

(55) E. DRUMONT: *La France juive...*, *op. cit.*, pág. 22.

(56) Para H. ARENDT, siguiendo de alguna manera a TOCQUEVILLE, «lo que hace que los hombres obedezcan o toleren, por una parte, el auténtico poder y que, por otra, odien a quienes tienen riqueza sin el poder, es el instinto racional de que el poder tiene una cierta función y es uso general». H. ARENDT: *Los orígenes del antisemitismo*, *op. cit.*, págs. 47-48.

dentro del país —caldo de cultivo propicio más tarde para el *affaire Dreyfus*— cara a una batalla que parecía perdida:

«Agonizamos en un jergón, en un aposento sin muebles ya, del que poco a poco se han quitado, al mismo tiempo que los valores y el dinero, todas las reliquias de lo pasado, todo lo que hablaba al alma, todo lo que recordaba la vida de los antepasados. Los Rothschild comenzaron por vaciar los cajones, Hérold ha descolgado el crucifijo, los judíos Vanderheim y Bloche quedaron encargados, por iniciativa de Lockroy, de vender los diamantes de la corona.» (57)

En efecto, ante la permanente desagregación de importantes sectores de la población (empobrecimiento de la pequeña clase media, miseria generalizada de la clase obrera) se desplegaría un discurso que trataba de capitalizar la desestructuración política de la III República. Articulado sobre un conjunto de imágenes fantásticas, lo que con ello se perseguía era mostrar a aquellas capas desamparadas la capacidad de este pueblo extranjero para hacer funcionar redes de solidaridad, con la complicidad de las autoridades, en contraposición a la pérdida de puntos de referencia propios, con el objetivo último de vincular su precaria situación a la de un orden social y cultural amenazado (58).

En este ambiente, Drumont sabía desenvolverse con gran comodidad. Su análisis de los diferentes partidos políticos encajaba perfectamente en esta lógica. Partiendo de una premisa aplastante —«los políticos, por fas o por nefas, están absolutamente en manos de la judería»—, el autor acostumbraba a trazar un panorama desalentador cuyas principales notas eran la corrupción y la traición:

Corrupción en la izquierda. Pese a sus divisiones aparentes («no hay muchas diferencias entre oportunistas y radicales») variaba poco en el fondo: «forma una masa pútrida, un ancho charco fétido donde se desarrolla toda la forma pestilencial peculiar del Palacio Borbón (sede de la Asamblea Nacional) (...), lugar en el que todas las razas acuden a confundir sus codicias y vicios» (59).

Traición en la derecha. Ni los orleanistas —criticará al conde de París, nieto de Luis Felipe por su amistad con judíos como Rothschild, amén de por su talante liberalizador [«la mejor prueba es que los Orleans no arguyen un derecho superior: piden la investidura al pueblo, al número (60)»]—, ni los legitimistas —«ni siquiera tienen la menor idea de lo que era la Monarquía; ignoran más las tradiciones y los principios de la antigua monarquía que los revolucionarios inteligentes, que, por lo menos, han leído la historia» (61)—, y ni mucho menos los integrantes de las coaliciones gubernamentales («politicones de clase media, de doble moral y vida familiar licenciosa») parecían capaces de poder emprender la alta misión que se planteaba. Sus graves errores políticos (p. e., la Comuna) y, lo que era más importante, sus ca-

(57) E. DRUMONT: *El fin de un mundo...*, op. cit., pág. 10.

(58) M. WIEVIORKA: «Las bases del nacional-populismo», en *Debats*, 37, págs. 56-59.

(59) E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 358.

(60) E. WEBER: *L'Action française*, París, 1954; E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 377.

(61) E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 127.

rencias («falta de todo sentido moral, sin conciencia, ni razón de Estado, ni energía, ni justicia, ni piedad») y debilidades («son capaces de reprimir a los más débiles, pero luego se dejan humillar por la clase política») les invalidaban para liderar un proyecto político serio (62).

Evidentemente, sin el sólido contrapeso de unas clases dirigentes dignas de merecerlo, la degradación de la moral y de las antiguas costumbres no podía ser más que una cuestión de tiempo. En el último capítulo de su libro («los simulacros»), Drumont iba a examinar los entresijos de la alta sociedad aristocrática, antaño portadora de los valores eternos de la nación y ahora durante la República reflejo del «último período de una fase final, del acabamiento de los seres». También aquí iba a dejar patente la deslealtad de una aristocracia tan identificada con la judería —acude a sus fiestas—, que acabaría adoptando sus códigos de conducta. Como quiera que gracias a ello la mentira, «la vana apariencia de las cosas» —en la que los judíos son maestros—, la depravación sexual [la ley de divorcio (1884) inspirada por el judío Naquet, «no ha llevado sino a glorificar la prostitución en un país donde la santidad del matrimonio había contribuido a hacer tan grande» (63)], la hipocresía (pone el ejemplo de las campañas caritativas abiertas por los judíos en contraste con su preocupación por «ocultar al verdadero pobre, al pobre de carne y hueso»), el sectarismo anticlerical y librepensador (prohibición de la enseñanza a las congregaciones religiosas no autorizadas), el deshonor [alude al «escándalo Wilson», en el que el yerno del anciano presidente de la República Jules Grevy, se vio involucrado al traficar la concesión de altas condecoraciones —la Legión de Honor— a cambio de dinero (64)], y la arbitrariedad (los numerosos casos en los que se consuma la impunidad de los corruptos le llevará a concluir que «la magistratura francesa es una prostituta») acabarán —según Drumont— instalándose en todas pautas de comportamiento. La decadencia de las clases directoras terminará por arrastrar al pueblo en su conjunto a un abismo sin fondo, al fin del mundo, a una sociedad terminal «que ya no tiene ningún principio, ningún lazo de conciencia, ninguna correlación con lo Divino que está en la naturaleza, ninguna relación con el ideal que estaba antes en todos los hombres» (65).

HACIA UNA VÍA TOTALITARIA

Recorridos uno por uno los ámbitos por los que ha ido penetrando la influencia judía, influencia, por otra parte, difícil de discernir dada su consumada maestría en el manejo de «la mentira, la diversidad entre la realidad y la apariencia, entre lo que las personas dicen, aparentan creer, querer, esperar y el estado verdadero de su cora-

(62) E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 192.

(63) E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 160.

(64) M. WINOCK: *Nationalisme, antisémitisme et fascisme en France*, Paris, 1990, pág. 304.

(65) E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 535.

zón y de su inteligencia» (66), Drumont iba a dirigirse a los verdaderos destinatarios de su libro, en absoluto «la multitud, sino un reducido número de franceses escogidos, almas ansiosas, inteligencias ya despiertas, que quisieran recobrar más completamente y distinguir claramente lo que sucede».

Todo parece indicar que Drumont, a la hora de «liberar» el país, no buscaba desencadenar un movimiento de masas. Podría objetarse a ello su adhesión al movimiento de corte nacional-populista liderado por el general Boulanger, no sólo implícita en el texto —le equipara con Julio César—, sino también pública y notoria en la prensa [*Le Figaro*, 12/1/1889 (67)]; sin embargo, de creer en ello sólo se contribuiría a ocultar el carácter antidemocrático del autor, exclusivamente interesado en el general por su posible condición golpista. Drumont, en este sentido, no podía mostrarse más rotundo: si Boulanger «desenvaina la espada y cruza el río fangoso, la cloaca máxima cuyas miasmas pestilenciales regalan agradablemente el olfato de los hombres que ocupan el poder», le augura la gloria (68); si por el contrario el general mil veces herido en combate se deja llevar —como finalmente hará— por su «turbio» entorno político [en el que incluso figuran ¡judíos! como Naquet (69)], le condenará al olvido. En definitiva, lo que, a su juicio, va a distinguir a un verdadero dirigente del mediocre es su espíritu de lucha y su capacidad de liderar la resistencia. No le importa —como señalará en *Le Testament d'un antisémite*— su origen social; podría llegar a ser hasta

«un homme du peuple, un chef socialiste, qui aura refusé d'imiter ses camarades et de se laisser subventionner, comme eux, par la Synagoge, rependra notre campagne; il groupera autour de lui ces milliers d'êtres réveillés, instruit par nous, ces spoliés de toutes les classes, ces petits commerçants ruinés par les grands magasins, ces ouvriers de la ville et des champs écrasés sous tous les monopoles, auxquels nous avons monté ou était l'ennemi.» (70).

Lo esencial, ante todo, es que apele a la insurrección. El descreimiento en el juego político, la ruptura del consenso parlamentario, y, en fin, la desestabilización del régimen republicano iban a ser las vías a través de las cuales Drumont y sus hombres iban a transitar a la hora de facilitar ese instante. Efectivamente, tras el fracaso del boulangierismo, la actividad del autor iba a ser incesable: además de la publicación de nuevas entregas, redundantes en sí mismas, Drumont fundaría en 1892, con la financiación de un especulador de bolsa, el diario *La Libre Parole*, periódico oscuro e incendiario, destinado única y exclusivamente a sacar a la luz pública la larga cadena de escándalos que rodeaban a los hombres del poder (71). El objetivo de esta publicación, al «destapar» todos estos casos no era otro que el arremeter contra el

(66) E. DRUMONT: *Op. cit.*, págs. 587-88.

(67) E. BEAU DE LOMÉNIÉ: *Edouard Drumont ou l'anticapitalisme...*, *op. cit.*, pág. 92.

(68) E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 378.

(69) E. DRUMONT: *Le Testament d'un Antisémite*, París, 1891, págs. X-XI.

(70) E. DRUMONT: *Op. cit.*, págs. X-XI.

(71) E. BEAU DE LOMÉNIÉ: *Op. cit.*, pág. 100; L. POLIAKOV: *Op. cit.*, pág. 66.

sistema parlamentario, apartándolo de sus bases sociales (el lema que acompañaba la cabecera del diario era «*La France aux Français*»). Para ello recurriría a un tipo de lenguaje periodístico basado en la simplificación y reiteración permanente del discurso —el mismo Drumont así se lo reconocería a uno de sus colaboradores, el luego integrante de *L'Action française*, León Daudet: «L'idée la plus simple, si elle n'est pas ressassée, n'entre pas dans leurs cerveaux» (72)— y en la dosificación y ralentización de las campañas de descrédito, como quedó claramente de manifiesto el curso seguido por el *affaire Panamá* (1892) (73).

No fue el único camino emprendido por Drumont; con el concurso de algunos boulangistas y del marqués de Morès funda a principios de 1890 la Liga Antisemita de Francia, paradójicamente con objetivos electorales, y, algo más tarde, en abril de 1894, bajo el mismo patrocinio, la Juventud antisemita y nacionalista. Estas organizaciones, aparentemente apolíticas, trataron de llevar el furor antijudío a las calles movilizand o a estudiantes, monárquicos, aventureros, tenderos —p. e., los carniceros de La Villette—, o a simples delincuentes. Al calor de este ambiente enfebrecido, alimentado si cabe con el desencadenamiento del *Affaire Dreyfus*, Drumont logró salir elegido como diputado en la conflictiva circunscripción electoral de Argel (1898). Sin embargo, pese a la eclosión experimentada por el fenómeno de las ligas durante este período, su avance experimentaría un progresivo estancamiento (74). El enorme desarrollo de la capacidad industrial y económica y el auge de los imperialismos contribuyeron a debilitar el peso de los factores políticos, desplazando el centro de interés de la burguesía nacional hacia el contexto internacional. Por otra parte, el sesgo tomado por el *affaire* no resultó todo lo favorable para las posiciones antisemitas. En efecto, la progresiva campaña de acoso contra el oficial judío no sólo no contribuyó a reconducir el malestar de los sectores políticos, económicos y sociales amenazados, sino que reforzó los vínculos de pertenencia de cierta población descontenta con el régimen político cuestionado, aumentando el número de

(72) L. DAUDET: *Souvenirs du milieu littéraires, politiques, artistiques et médicaux*, París, 1920, pág. 625.

(73) DRUMONT recibió de manos de JACQUES REINACH, uno de los implicados en el caso, la relación de políticos y parlamentarios sobornados en el escándalo a cambio de silenciar su nombre. La lista fue publicada con cuentagotas por el diario a fin de prolongar la campaña y situar en un estado de sospecha permanente a los hombres del régimen; H. ARENDT: *Op. cit.*, págs. 149 y ss.; E. DRUMONT: *La Dernière Bataille*, París, 1890.

(74) La proliferación de nuevas organizaciones —algunas de ellas muy combativas— no ocultó el hecho de que tras ellas se encontraran los mismos inspiradores de siempre. Por ejemplo, la liga antisemítica de Francia de DRUMONT, pasó luego a llamarse —reconducida por el aventurero JULES GUERIN—, la liga antisemítica francesa (1897), a partir de 1899 Gran Occidente de Francia. Sus juventudes pasarán a ser en 1902 el Partido nacional antijudío. Por otro lado, DRUMONT crea en 1901 el Comité nacional antijudío que en las elecciones de 1902 se transforma en la Federación Nacional Antijudía; M. WINOCK: *Nationalisme, antisémitisme...*, *op. cit.*, pág. 304; L. DAUDET: *Au temps de Judas. Souvenirs des milieux littéraires, politiques, artistiques et médicaux de 1880 à 1908*, París, 1920, pág. 166.

aquellos que «creían que la democracia y la libertad, la igualdad y la justicia podían ser defendidas o realizadas bajo la República» (75).

Con la aparición de una «nueva» derecha, abiertamente opuesta a los valores reivindicados por los *dreyfusards* —*Action française*—, las aspiraciones de Drumont y los suyos parecieron recuperarse. Pero sólo fue un espejismo. Lejos de acusar un deterioro, la República entró en el nuevo siglo mucho más consolidada. Aquellos llamamientos a la rebeldía de los franceses, como el ya realizado en *La fin d'un monde*,

«*Estáis en vuestras casas, repito, y una pandilla judeo-masónica ultraja lo que vosotros respetáis, ultrajad a la pandilla, insultad a esos hombres donde quiera que los encontréis, codeadlos insolentemente en los salones y en los círculos, divulgad las vergüenzas de su vida, publicad la lista de los comerciantes judíos, levantaos, defendeos. Admitiendo que recibáis algunos puñetazos combatiendo, no seréis mártires por esto, seréis valientes soldados, bravos franceses que han luchado por su independencia, mientras que sufriendo el yugo ignominioso que sufrís, sois hocicones y cobardes.*» (76)

ya no gozaban del respaldo esperado. La repercusión del *affaire* en el movimiento socialista había sido determinante a la hora de desactivar en buena medida la eficacia del anticapitalismo judío de antaño, y sin el potencial humano de la clase obrera, las posibilidades de desestabilización del régimen eran muy escasas. Sin embargo, y por encima de todas las cosas, lo que más perjudicaba las posiciones antisemitas de Drumont y de las diferentes ligas era la consolidación misma de la República, su mayor implantación en aquellas capas de la sociedad más sensibles al mensaje antisemita. Ahora, despojado de todos aquellos apoyos esenciales, el discurso de Drumont aparecía como en realidad siempre había sido: tradicionalista, reaccionario, intransigente.

George Bernanos, al igual que otra serie de católicos conservadores (77), fue especialmente sensible a este pensamiento. Admiraba a Drumont por su clarividencia a la hora de aislar los factores de la degeneración —la injusticia social, la traición de los partidos conservadores y de la hipocresía de los bienpensantes—, y ponerlos en contacto con el advenimiento de una nueva sociedad, inspirada en el «individualismo anárquico sin dios», y responsable última de la «demission de la France» (78).

(75) H. ARENDT: *Op. cit.*, págs. 145 y ss.

(76) E. DRUMONT: *El fin de un mundo...*, *op. cit.*, pág. 398; del mismo autor; *La France Juive devant l'opinion*, París, 1886, pág. 289.

(77) Prueba de esta especial sensibilidad la proporcionan los propios traductores de DRUMONT en España: PEREGRÍN CASABÓ y PAGÉS, el adaptador de *La fin d'un monde*, y RAFAEL PIZJOAN, el de la edición popular de *La France Juive*, son presbiteros tradicionalistas, con obras tan representativas como *Historia de la Virgen María Madre de Dios* (Barcelona, 1887) o *El siglo XX y el fin del mundo según la profecía de S. Malaquías* (Barcelona, s.f.).

(78) G. BERNANOS: *La grande peur des Bien-pensants...*, *op. cit.*, págs. 457-458; M. WINOCK: *Edouard Drumont...*, *op. cit.*, págs. 186 y ss.

Sin embargo, lo que sin duda más le aproximaba a él era su profunda nostalgia de la antigua monarquía francesa, aquella «monarquía cristianísima, completamente inspirada en las enseñanzas de la Iglesia» (79). La sintonía en este sentido fue tan absoluta que Bernanos, en una de sus obras más significativas, *Journal d'un curé de Campagne* (1936), recogería muchos de los planteamientos esbozados por Drumont en sus escritos, ya presentes en la mejor tradición del pensamiento reaccionario de finales del siglo XVIII.

Efectivamente, tanto para Drumont como para De Maistre, Bonald o Lamennais, todos ellos desde una concepción cristiana del orden social, el papel de la Iglesia y muy especialmente el de sus soldados de infantería —el sacerdote, el párroco, el *curé*— resulta decisivo a la hora de garantizar la salvaguardia de la sociedad:

«Si l'Eglise de France résiste victorieusement à tant d'ennemis intérieurs et extérieurs, c'est grâce aux "cures", comme dit le peuple (...), des guides et des conseillers, hommes destinés à vivre au milieu d'une nation agitée par tous les doutes, à une époque où toutes les questions sont soulevées (...).» (80)

Frente al distante y frío mundo académico e intelectual de su tiempo, el autor antisemita opone el «verdadero *sursuncorda* de la Iglesia, presente en la Catedral y en la capilla de la aldea, debajo de las bóvedas de San Pedro y en la choza cubierta con paja de maíz» (81). Al igual que en el siglo XV, «cuando los Padres predicadores recorrieron villas y castillos a fin de levantar los espíritus y dar consejos prácticos», será aquí donde brote la semilla que salve a Francia (82). A pesar de la lentitud que al proceso imprime la acción de una jerarquía eclesiástica envilecida, Drumont, como sus antecesores, no duda de la inevitabilidad del mismo. No en balde, al partir como se parte de la idea agustiniana del pecado original y del castigo divino —única manera de justificar la aparición del mal en un orden natural donde Dios es la fuente omnipotente— y del concepto de revolución como instrumento de la Providencia, estos autores no hacen sino situar la propia conciencia de culpa (en este caso la corrupción del alto clero) en el punto de partida de un proceso que conducirá a una penitencia (repliegue místico, principio de renovación religiosa), posteriormente compartida por el resto de la comunidad cristiana.

Desde esta perspectiva, el papel del individuo se presenta nulo. El voluntarismo y su resultado práctico, la acción política, aparecen eclipsados ante la superioridad de la voluntad divina. En este sentido, todos los esfuerzos de los revolucionarios iban a ser vanos a la hora de evitar esta «desrealización» natural del hombre, a partir de este momento solamente valorado como tal en la medida en que aparece integrado política, económica, social y espiritualmente en el seno de un organismo comunitario (83).

(79) E. DRUMONT: *El fin de un mundo...*, op. cit., pág. 249.

(80) E. BEAU DE LOMÈNIE: *Edouard Drumont ou l'anticapitalisme...*, op. cit., págs. 364-65.

(81) E. DRUMONT: *El fin de un mundo...*, op. cit., pág. 519.

(82) E. DRUMONT: *La Francia judía. Edición popular*, Barcelona, 1888, págs. L-LI.

(83) P. A. TAGUIEFF: «La identidad...», op. cit.; M. WINOCK: *Histoire de l'extrême...*, op. cit., págs. 34 y ss.

No importa que esa integración tome la forma de un modelo recreado idealmente. La intensidad con la que este mensaje se emite y difunde contribuye a difuminar los límites históricos de este supuesto pasado originario. Asumido éste no hay motivos para cuestionar un discurso capaz de poner en el mismo pie de igualdad la armonía social del medievo [retorno a los gremios y al corporativismo —Drumont alude a una «cámara económica» con la presencia de «todos los representantes del trabajo» (84)—], y la doctrina oficial de la Iglesia en materia de propiedad, con el sistema de desarrollo económico capitalista hasta entonces negado: «preferiría, por mi cuenta personal —dice Drumont a la hora de criticar el socialismo—, refugiarme entre los caníbales a vivir en medio de esta sociedad ideal; pareceríame preferible acabar en el estómago de un antropófago a estar amarrado en ese *workhouse* por más que estuviese colgado de seda y dorado desde el suelo al techo» (85).

Así pues, su rechazo al darwinismo, a la selección natural que obligaba a los hombres a competir y luchar como los animales, no les impidió, sin embargo, sucumbir a él; de hecho, su comunitarismo orgánico, supuestamente antiindividualista, iba a construirse en base a representaciones individualistas que en ningún momento iba a dejar de proyectar sobre sus entidades colectivas de referencia (nación, raza, etc.) (86).

Políticamente, esta paradójica apropiación de valores burgueses también se reveló frecuente. El resultado de todo ello fue la apelación de un régimen político que en algunos momentos se presentaba bajo el dibujo de un Imperio, «sin aristocracia, ni jerarquía de clases, ni vida municipal» (87), y en otros aparecía vinculado a una monarquía tradicional por los demás tampoco excesivamente definida (en algunos casos se alude al modelo absolutista de Luis XIV, y en otros a aquel en el que tienen más peso los poderes intermedios regionales (88).

El 3 de febrero de 1917, como en el último capítulo de su *fin d'un monde*, Drumont decidió dar un paseo por el bosque de Sénart. Era un día de mal tiempo. Pero quería recordar aquella época de su vida en la que se había sentido tan feliz. Eran otros tiempos, por entonces aquellos campos se encontraban intactos, todavía a salvo de los frecuentes cercamientos que más tarde iban a traer los judíos. La inmovilidad, el espiritual silencio que durante tanto tiempo allí había respirado siempre le recordaban esa antigua Francia que él tanto había ansiado y que como el lirio que la simbolizaba «mientras tuvo sus raíces en la sólida tierra de las tradiciones y de las creencias, se levantó majestuoso y poético debajo del cielo». A las pocas horas de esta última visión reconfortante y melancólica, el autor, enfermo y medio ciego, murió.

Drumont llegó al final de sus años sin que ese orden imaginario hubiera calado en el espíritu de sus compatriotas. El terreno a trabajar era árido y aquel lirio, «mar-

(84) E. DRUMONT: *El fin de un mundo...*, *op. cit.*, pág. 286.

(85) E. DRUMONT: *El fin de un mundo...*, *op. cit.*, pág. 214.

(86) P. A. TAGUIEFF: «El nacionalismo...», *op. cit.*

(87) E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 377.

(88) E. DRUMONT: *Op. cit.*, págs. 314 y 556.

chito ya bajo las exhalaciones impuras de los invasores, comenzaba a doblarse y tomar los tintes amarillentos de lo que acaba muriendo (89)». En efecto, el período de expansión y rearme internacional con el que Francia inauguró el nuevo siglo no iba a resultar el más propicio para el discurso de la extrema derecha. Tras el final de la guerra, el revanchismo y la intransigencia nacionalista volvieron a ampliar su auditorio, pero los valores de la sociedad democrática y pluralista, a la sombra de aquella Torre Eiffel, parecían lo suficientemente consolidados.

(89) E. DRUMONT: *Op. cit.*, pág. 609.